

La rebelión contra la ciencia

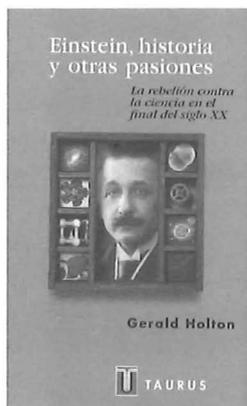
Andrés Moya

Ahora que en determinados sectores de la cultura anglosajona aparece la ciencia como tercera vía del conocimiento, también se detectan claros signos de rebelión contra ella en otros ámbitos culturales, ya no exclusivamente los anglosajones. Gerald Holton, historiador de la Ciencia y físico de la Universidad de Harvard, desmenuza en su libro las raíces de la citada rebelión. Aunque no representa el único objetivo de su trabajo, ciertamente constituye su aportación más relevante. La primera parte del libro está dedicada a la supuesta crisis social de la ciencia, y la segunda, que es una exposición del enorme papel jugado por la ciencia en el pasado y en el presente, así como de sus perspectivas de futuro, estudia la figura de Einstein. En el libro aparece un capítulo central que sirve de puente entre las dos partes, y en el que Holton, en forma de decálogo, apunta las líneas generales a seguir en toda historiografía científica rigurosa. En efecto, resulta imperativo conocer, por ejemplo, el estado del problema tratado, su grado de asentamiento en la comunidad científica pertinente o, si se quiere, su nivel de contestación cuando se trata de una novedad, y también el contexto social y cultural donde se suscita. Holton parece no suscribir esta o aquella corriente teórica sobre cómo hacer historia de la ciencia, y el decálogo que se comenta comulga tanto con visiones internalistas como externalistas de la historia de la

ciencia. Por si fuese poco mantiene, también, la tesis del esfuerzo suplementario a llevar a cabo por el historiador para evaluar el papel que la imaginación y la creación individual han tenido en la gestación de una teoría científica. Parece su decálogo algo así como la secreción o el destilado empírico, por vía inductiva, al que Holton ha llegado tras una dilatada carrera como historiador de la ciencia. Para otro momento habría que dejar el estudio de si ello supone, ciertamente, una particular filosofía espontánea del autor próxima al pragmatismo.

El asunto más relevante, al menos para un lector no profesional de la historia de la ciencia, radica en la percepción que Holton tiene sobre la creciente demonización de la ciencia actual. Se trata, en efecto, de algo sorprendente, especialmente por su simultaneidad con la consolidación de la figura del intelectual con una sólida formación científica o, mejor aún, la del científico-intelectual que tiene a la ciencia como elemento central de su formación y cosmovisión. La tercera cultura viene de la mano de aquellos científicos que dicen en qué consiste el Universo, el espacio, el tiempo, la vida, el hombre, el cerebro, la inteligencia, o la complejidad fractal, caótica o de cualquier otro tipo que exhibe la naturaleza. Las teorías físicas y biológicas han permitido una nueva vía para encontrar el significado de esos y otros asuntos que, clásicamente, se tienen por muy relevantes. No se trata de una segunda cultura, que sería la del científico profesional resolviendo problemas, frente a la primera cultura, la del humanista clásico y acientífico. La tercera cultura se encara hacia los mismos problemas que el intelectual humanista pues, ahora más que nunca, los logros de la ciencia nos permiten entrar en el significado de nuestra existencia y el mundo. Las personas medianamente instruidas apre-

Lo más relevante radica en la percepción sobre la creciente demonización de la ciencia actual.



Gerald Holton
Einstein, historia y otras pasiones. La rebelión contra la ciencia en el final del siglo XX,
Taurus, Madrid, 1998,
312 pp.

cian, de forma creciente, los logros de los intelectuales de la tercera cultura, especialmente cuando estos hacen esfuerzos por hacer accesibles a todo el mundo las teorías vigentes de las ciencias actuales. Por esta y otras razones, no deja de sorprender la crítica que, con frecuencia, se hace de la ciencia, especialmente cuando no dispensa bienestar a la sociedad. La energía nuclear, el armamento sofisticado, la ingeniería genética, las industrias que contaminan, etc., en su dimensión de tecnologías que han podido propiciar malestares, se vienen utilizando como argumentos por parte de grupos ideológicamente pertrechados, entre los que cabe contar, ahora también, con determinados sectores de la clase política.

El contraste, que no deja de ser paradójico, merece una reflexión. La ciencia ha permitido la creación de una forma de aprehensión del mundo y la existencia que es radical en su enfoque, aunque no revolucionaria, y que cuenta, además, con precedentes de todas las áreas del conocimiento extracientífico. En efecto, los intelectuales de la tercera cultura parten del conocimiento establecido, científico o no. No se trata, por lo tanto, de un conocimiento revolucionario, aunque sí radical, en cuanto a las interpretaciones de las cosas, que se efectúa bajo el prisma de las teorías científicas, algunas de las cuales no han sido asimiladas, ni siquiera estudiadas, por los que, tradicionalmente, vienen detentando la antorcha de la intelectualidad: los intelectuales de la primera cultura. En la historia reciente de la ciencia, además, el refrendo institucional, político y social de la ciencia ha sido notorio, fundamentalmente porque sus logros han sido patentes y toda la sociedad actual, especialmente la occidental, está plagada de sus beneficios. Merece la pena, pues, prestar atención y examinar las razones que aducen determinados colectivos, especialmente en la cultura anglosajona, por otra parte la que más se ha beneficiado de la ciencia, para ir contra ella. Un argumento frecuentemente utilizado es el de los efectos negativos de la ciencia. Tal

argumento, dice Holton, no se sostiene. Nadie duda que han existido efectos perjudiciales de algunas de sus aplicaciones tecnológicas. Pero el contrapeso positivo es tan obvio y objetivable, que no podemos recurrir a ella como el elemento generador de la actual rebelión contra la ciencia. Hay que mirar en otras direcciones. Podría ocurrir que la capacidad escudriñadora de la ciencia, la consolidación de sus teorías como explicación de la realidad, su cada vez más firme posicionamiento intelectual sobre la naturaleza de las cosas, estuviese escondiendo, como arma de doble filo, tanto las fuentes de su éxito como de su crítica. El intelectual de la tercera cultura está suministrando visiones fundamentales que no resultan agradables a determinados colectivos. Es un competidor que invade un terreno que es propio de otros. Tal circunstancia, qué duda cabe, es una fuente de crítica: la competencia profesional. En el seno de la ciencia es habitual la competencia entre teorías y, aunque pueda no gustar, es cuestión de tiempo el que se impongan unas sobre otras. Cuando saltamos, en cambio, al ámbito del significado de la existencia, el mundo, o cualquier otro de similar transcendencia, la cuestión es la siguiente: ¿podrá alguna teoría científica, en su papel explicativo de algún tema fundamental —por ejemplo la naturaleza del alma— desbancar una o varias de las concepciones que sobre él imperan? Ciertamente se trata de un problema de competencia, cuya solución radica en disponer de suficiente capacidad crítica como para admitir, al menos, la posible coexistencia de varias interpretaciones, algunas de ellas con fundamentos científicos. En cualquier caso hay grupos cuyas cosmovisiones quedan radicalmente afectadas por las interpretaciones que se derivan de las grandes teorías de la ciencia, y en esos casos resulta difícil mantener el talante crítico. Holton argumenta que son estas las raíces de la rebelión contra la ciencia en nuestros días. Es más, se enjuicia globalmente, y está en el centro de las críticas de determinados grupos que, además, tienen cierto control sobre las decisiones políticas, especialmente en socieda-

des democráticas. No son sólo algunos grupos religiosos los que la ponen en entredicho recurriendo, en su caso, a la falacia de la argumentación por las consecuencias (no es buena aquella práctica que conlleva perjuicios al hombre, al medio ambiente, al planeta, etc.), sino también sectores concretos de la intelectualidad de la primera cultura que, carentes de formación científica suficiente, tildan de simples y/o reduccionistas las consideraciones de los científicos en campos que, tradicionalmente, estaban al margen de sus expectativas teóricas, así como determinadas concepciones ecologistas, con una filosofía de la Naturaleza supletoria de la teología, que perciben en la ciencia el precedente de los males que acosan a nuestro tiempo. El ascenso al poder de intelectuales que han bebido en las citadas filosofías e ideologías permite la toma de decisiones de envergadura que comprometen el futuro inmediato y/o lejano de la ciencia. Resulta elocuente, dice Holton, el caso del poeta, dramaturgo y hombre de estado checo Václav Havel con su crítica a los efectos del pensamiento cognitivo racional, de la objetividad despersonalizada o del culto a la objetividad, tres puntales de la metodología de la ciencia.

La ciencia actual, no obstante, no es una hermana coja en los entresijos del poder. Todo lo contrario, tiene poderosos aliados cuya naturaleza puede ayudar a entender, finalmente, su creciente demonización. A nadie se le escapa la percepción social negativa que tiene la ciencia al servicio de las grandes corporaciones transnacionales, cuando éstas financian investigaciones cuyo beneficio social es, en todo caso, un producto de segundo orden frente al beneficio económico, que es el objetivo primario en una sociedad mercantilista. La ciencia es, en realidad, múltiple en cuanto a sus fuentes de financiación, así como por lo que se refiere a las ideologías de sus practicantes. Pero la percepción social se hace sobre la ciencia como un todo, dice Holton, y ese todo parece estar limitado a aquello que los medios de comunicación nos brindan como grandes logros de las inves-

tigaciones propiciadas por las transnacionales. Afortunadamente la ciencia es mucho más, y los intelectuales de la tercera cultura son el vivo exponente de ello.

Andrés Moya es miembro del Instituto Cavanilles de Biodiversidad y Biología Evolutiva y del Departamento de Genética de la Universitat de València.

Cincuenta años de El segundo sexo

Amelia Valcárcel

¿Es Beauvoir una de las grandes cabezas del siglo? Se cumplen este 1999 los cincuenta años de la publicación de *El segundo sexo*. Eso está dando motivo a la celebración de varios congresos y reuniones, el más relevante de los cuales es, por ahora, el realizado el pasado enero en La Sorbona. En España también se llevan a cabo iniciativas, entre las que destaca la publicación de una edición del cincuentenario, en dos tomos, con una nueva y excelente traducción.

Celia Amorós ha escrito que «buena parte del feminismo de la segunda mitad del siglo XX, o todo, puede ser considerado comentarios o notas a pie de página de *El segundo sexo*». Y, en efecto, Beauvoir es una



Simone de Beauvoir,
El segundo sexo,
Col. Feminismos, Cátedra-
Universitat de València-
Instituto de la Mujer,
2 vols., 1998